

“ARRUPE Y LA JUSTICIA”

EN SUS MANIFESTACIONES HACIA FUERA DE LA COMPAÑÍA (I)

Matías García SJ

Sumario: El P. Matías García nos ofrece en este artículo un nuevo trabajo sobre Pedro Arrupe, Prepósito General de la Compañía de Jesús de cuyo nacimiento se cumplieron cien años en 2007. En este nuevo estudio, el P. Matías recoge lo que él considera las aportaciones de Arrupe sobre la Justicia en sus intervenciones hacia fuera de la Compañía. El trabajo tiene un elemento de novedad bien interesante por cuanto se fija, precisamente, no en lo que Arrupe dijo a la Compañía sino en lo que dijo en entrevistas de prensa, en alocuciones a los antiguos alumnos, en sus intervenciones en los sínodos... Además, el lector de este artículo podrá entrar en contacto más directo con las ideas y el sentir de Arrupe gracias a los textos directos seleccionados por el autor.

Summary: In this article Fr. Matías García offers us a new study about Pedro Arrupe, former Superior General of the Society of Jesus, whose first centennial from his birth was celebrated last year. Fr. Matías in this new work picks up what he thinks is Arrupe's contribution to the theme of Justice: it features what Arrupe said in interviews given not to his fellow Jesuits, but to the press, to group of alumni and in his interventions in the Synods. Besides, readers of this article will be able to get in touch with the ideas and feelings of Fr. Arrupe, because there is a rich variety of texts from the original speeches widely selected by the author.

Palabras clave: pontificia comisión bíblica, magisterio.

Key words: Justice, political dimension of the apostolate, social action, evangelization.

1. Introducción

En el libro *Pedro Arrupe, General de la Compañía. Nueva aportaciones a su biografía*, aparece ya una colaboración mía, bajo el título “Arrupe y la justicia”¹. Cuando nos pidieron los trabajos, hacia comienzos de 2003, a casi todos los co-autores nos pusieron la limitación de no pasar de 30 páginas. En mi caso, atendida la magnitud del material que debía ser tenido en consideración, me obligué a dos dolorosas decisiones. En primer lugar, a limitarme a considerar, casi sin excepción, la producción de Arrupe dirigida di-

¹ G. LA BELLA (ed), *Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, Bilbao 2007, 753-791.

rectamente a la Compañía, prescindiendo de todo el resto². En segundo lugar, a reducir a un mínimo el material seleccionado y, sobre todo, a ser muy parco en la descripción de ese material, teniéndome que contentar, en algunos casos, con una pura referencia bibliográfica.

Al pedirme *Proyección* este nuevo trabajo, creí que se me presentaba la ocasión de evitar y compensar las dos deficiencias advertidas en el anterior. Ante todo, al poder dedicar este nuevo estudio a las aportaciones de Arrupe sobre la Justicia en sus intervenciones hacia fuera de la Compañía. Lo cual confiere además a este trabajo una importancia añadida, ya que, no sólo la mía, sino la casi totalidad de las colaboraciones del libro citado se limitan a analizar el material de Arrupe dirigido a los jesuitas³. En segundo lugar, al tener ahora la posibilidad de poner al lector en un contacto más directo con las ideas y el sentir de Arrupe, por medio de descripciones algo más detalladas de sus diversas intervenciones e incluso con frecuentes citas de sus mismas palabras.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, las características del presente estudio son las siguientes:

Como indica el mismo título, este nuevo estudio pretende examinar la contribución del P. Arrupe al tema de la justicia en el mundo, en sus actuaciones hacia fuera de la Compañía. De ellas he seleccionado aproximadamente unas 80, que casi llegan a un centenar, si contamos sus intervenciones en el Concilio Vaticano II y en seis Asambleas del Sínodo de los Obispos. A estas últimas aludiremos brevemente en las introducciones a cada uno de los cuatro periodos en que dividimos nuestra exposición.

Aunque en este trabajo dejamos fuera de nuestra directa consideración tanto la vida interna de la Compañía, como sus relaciones con la Santa Sede (cuestiones que, en cambio, han sido muy tenidas en cuenta en mi colaboración en el libro ya citado), es claro que no podemos prescindir aquí de toda referencia a ellas, ya que constituyen el marco privilegiado para la comprensión de todo lo demás. Lo haremos al iniciar cada uno de los cuatro periodos de que hablamos a continuación⁴.

Lo dicho en el párrafo anterior ha condicionado la división que he elegido para el presente trabajo. Prescindiendo de esta introducción general y de un breve epílogo, distingo en él dos partes principales: la primera, contenida en este artículo, abarca desde

² Lo digo así en la introducción a mi colaboración (759), publicada en la *o.c.*: “ha habido que renunciar, por motivos de espacio, a casi toda referencia a la labor de Arrupe en ambientes de fuera de la Compañía, en especial, los antiguos alumnos, los religiosos y el público en general”.

³ La únicas excepciones son las colaboraciones de M. ARRANZ, “Contactos con la Iglesia Ortodoxa rusa” y de M. ALCALÁ, “Pedro Arrupe y la vida religiosa del postconcilio” en: *o.c.*, 621-634 y 669-709, respectivamente.

⁴ En el libro en colaboración ya citado (nota 1) tratan de dichas relaciones las colaboraciones de U. VALERO, “Al frente de la Compañía: la Congregación 31” (en referencia a dicha CG); A. ÁLVAREZ BOLADO, “La Congregación General 31” (en referencia a ésta otra CG); G. LA BELLA, “La crisis del cambio” (más directamente, aunque sólo hasta la conclusión de la CG 32); M. ALCALÁ, “La dimisión de Arrupe” (durante los tiempos de Juan Pablo II), 139-249, 251-355, 841-911 y 913-955, respectivamente.

el comienzo de la Congregación General 31 (8-V-65) con el nombramiento de Arrupe como General de la Compañía (22-V-65) hasta el comienzo de la CG 32 (1-XII-75); la segunda, parte, de pronta edición, abarca desde esa fecha a la de la trombosis cerebral que motivó su incapacidad (7-VIII-1981).

Pero cada una de esas dos grandes partes las subdividimos a su vez por las fechas de comienzo de las Congregaciones de Procuradores 65^a (27-IX-70) y 66^a (27-IX-78). De esa forma, la vida entera de Arrupe como General queda enmarcada, incluso en lo que toca a su proyección hacia fuera de la Compañía, en cuatro periodos de unos 4 o 5 años cada uno, salvo el último que no llegó a 3 (65-70-74-78-81).

En cada uno de esos cuatro periodos, analizamos luego separadamente las intervenciones de Arrupe sobre la justicia, dirigidas respectivamente:

- a) A los Medios de Comunicación Social (M.C.S);
- b) Al público en general, en escritos o conferencias;
- c) A los Antiguos Alumnos (A.A.) de la Compañía de Jesús;
- d) A los religiosos y religiosas.

Normalmente citamos y reproducimos los textos de Arrupe, tomándolos de algunas de las 13 recopilaciones en español que indicamos en nota⁵ o, en el caso de faltar en ellas, de otras 8 recopilaciones en diversas lenguas⁶. Al citarlas en adelante, sólo indicaremos el título de la obra y las páginas respectivas, omitiendo el autor, la editorial y el año de edición (que ya constan en las notas 5 y 6).

⁵ Por orden de aparición son las siguientes: "El padre Arrupe en Colombia", Agosto-Septiembre 1968, Bogotá 1969 [sobre su visita a Colombia en 1968]; P. ARRUPE, *Nuestra vida consagrada*; ID., *Ante un mundo en cambio*; ID., *Escala en España*, los tres en Apostolado de la Prensa, Madrid y en Hechos y Dichos, Zaragoza 1972 [respectivamente, sobre la vida religiosa, la problemática del mundo actual y la visita a España en mayo de 1970]; P. ARRUPE, *La vida religiosa ante un reto histórico* e ID., *Hambre de pan y evangelio*, Santander 1978 [sobre la vida religiosa y sobre las necesidades del mundo]; P. ARRUPE S.I., *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Santander 1981 [sobre el jesuita, hoy]; P. ARRUPE S.I., *En Él solo ... la esperanza*, Bilbao 1982 [sobre el Corazón de Jesús]; P. ARRUPE S.I., *Hombres para los demás*, Barcelona 1983 [sobre los A.A.]; P. M. LAMET, *Arrupe. Una explosión en la Iglesia*, Madrid 1989 [con las confidencias de Arrupe al autor en 1983]; N. ALCOVER, *Pedro Arrupe, memoria siempre viva*, Bilbao 2001 [con una versión algo diferente de las mismas confidencias a Lamet y otros textos de Arrupe]; P. ARRUPE S.I., *Aquí me tienes, Señor. Apuntes de sus Ejercicios Espirituales* (1965), Bilbao 2002; y P. ARRUPE, S.I., *La Iglesia de hoy y del futuro*, Bilbao 2002 [con una amplísima recopilación de sus escritos más significativos].

⁶ *Conferentiae. Homiliae, Colloquia 1970*, Quaderni "CIS", CIS Roma 1971; *Conferentiae. Homiliae, Colloquia 1971*, Id. id. 1972; *Dossier "ARRUPE 1965-1972"*, CIS, Roma 1972; *Conferentiae. Homiliae, Colloquia 1972*, Quaderni "CIS", Roma 1974; *A planet to heal*, Rome 1975; *Leadership for service. The visit of Father Pedro Arrupe to the Philippines and Thailand. Juli 24 - August 7, 1981*, Manila 1983; P. ARRUPE, *Itinerario di un gesuita. Colloqui con Jean-Claude Dietsch, S.I.*, Roma 1983, P. ARRUPE, *Écrits pour évangéliser, présentés pour Jean-Yves Calvez*, Paris 1985.

2. Desde la Congregación General 31 (7-V-65) hasta la Congregación General 32 (2-XII-74)

La CG 31 no fue todavía la Congregación del “*servicio a la fe y la promoción de la justicia*”, sino -en un nivel previo y de mayor profundidad- la Congregación de la “*renovación acomodada*”, es decir, de la renovación por medio de una profunda vuelta a las fuentes (el Evangelio y el carisma fundacional de la Compañía) y, precisamente por eso, por medio también de la búsqueda de una respuesta, radical y actualizada, a las necesidades del mundo (el *aggiornamento* pedido por el Concilio)⁷. Sin embargo, hacia fines de la CG 31, advirtió Arrupe que todo ello ya apuntaba a lo que luego fue la CG 32⁸.

2.1 Hasta el comienzo de la 65ª Congregación de Procuradores (17-IX-70).

El quinquenio que corre entre 1965 y 1970 es todavía el tiempo de finales del Vaticano II (con la constitución *Gaudium et Spes*) y del inmediato post-concilio. La primera parte de la CG 31 (4-V/6-VII-65) se celebró un par de meses antes del último periodo del Concilio (14-IX/8-XII-65) y su segunda mitad (8-IX/17-XI-66) casi un año después de terminado.

Es también el tiempo de un Pablo VI que, en su primera alocución a la CG 31 (7-V-65), ve en los jesuitas a los hombres que la Iglesia “*necesita*” para la puesta en ejecución de los decretos del Concilio⁹, pero que poco después, al concluir dicha Congregación (16-XI-66), les hace ya estas dos inquietantes preguntas, en el marco solemne de la Capilla Sixtina: la de si ellos quieren ser todavía para la Iglesia lo que siempre fueron y, por consiguiente, la de si la Iglesia puede seguir confiando en ellos. Verdad es que a ambas preguntas respondió enseguida el mismo Papa de forma positiva¹⁰.

¿Qué había ocurrido en tan corto espacio de tiempo para explicar esas dudas del Pablo VI? No es este el lugar para contestar en detalle a esa inquietante cuestión. Digamos sólo que, entre otras concausas, hay que mencionar la oposición que ya se había iniciado de forma organizada contra Arrupe en el mismo seno de la Compañía, a partir de un comunicado hecho en Loyola por el grupo “de la fidelidad” (20-VIII-65). Tampoco es éste el lugar para detallar las peripecias de esa oposición (especialmente aguda en España) que en 1968 culminó en la propuesta (apoyada luego por un amplio sector del episcopado

⁷ Cf. U. VALERO, “Al frente de la Compañía: la Congregación 31”, en G. LA BELLA (ed), *Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, 139-249.

⁸ Cf. mi colaboración en: G. LA BELLA (ed), *Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, 764 y nota 27.

⁹ Congregación General XXXI, Documentos, Hechos y Dichos, Zaragoza 1966, 13, nn. 10-11: “*La Iglesia os reconoce como hijos muy adictos, os ama [...], os honra y [...] os reverencia*” y, sobre todo, que “*ahora, cuando los Decretos del Concilio [...] abren amplísimos campos y formas de apostolado, la Santa Iglesia [...] necesita de vuestra santidad, de vuestra ciencia, de vuestros conocimientos prácticos y de vuestro empuje*”.

¹⁰ *Ibid*, 396-400.

español) de dividir el gobierno de la Compañía¹¹. Finalmente Pablo VI resolvió la cuestión en sentido negativo en 1970, aunque recomendando al General un gobierno prudente y enérgico (26-III-70). Poco después tuvo lugar, del 2 al 19 de mayo, la visita de Arrupe a España, en la que -curiosamente- los que ahora le mostraron más netamente su rechazo fueron sectores de un signo opuesto (concretamente, algunos grupos de Misión Obrera). Pero, con todo ello, ya estamos en vísperas de la 65ª Congregación de Procuradores.

En otro orden de cosas, durante este quinquenio, Arrupe y la Compañía recibieron importantes estímulos positivos de diversas instancias de la Iglesia, en la cuestión de la promoción de la justicia. Los principales fueron éstos: la encíclica *Populorum progressio* de Pablo VI (26-III-67) y las tres grandes Asambleas eclesiales de América Latina (Medellín en 1968), África (Kampala en 1969) y Asia (Manila en 1970), con asistencia a todas ellas del Papa (en la de Medellín también estuvo Arrupe), cuyas deliberaciones proporcionarían más adelante el material para el Sínodo de la Justicia en 1971.

Finalmente, en lo que toca a las intervenciones de Arrupe en el Concilio y en las Asambleas del Sínodo de los Obispos, recordemos ante todo que Arrupe fue elegido General muy poco antes (22-V-65) del último periodo de sesiones conciliares (14-IX/8-XII-65) y que por tanto sólo pudo participar como Padre Conciliar en ese último periodo. Tuvo en él dos intervenciones: una sobre el *Ateísmo* (27-IX) y otra sobre *El misionero en la situación actual del mundo* (12-X)¹², además de una conferencia sobre *El problema de la cultura* (20-X) en la Oficina de Prensa del Concilio¹³. No creemos necesario examinar aquí la relación de dichas temáticas, tal como Arrupe las enfocó, con la cuestión de la promoción de la justicia.

Unos dos años más adelante, los Generales de los institutos religiosos masculinos (unos 200) lo eligieron (27-VII-67) Presidente de la Unión de Superiores Generales (USG) y lo reelegirán luego ininterrumpidamente para dicho cargo (en 1969, 1971, 1976 y 1979) hasta que la enfermedad lo dejó impedido en 1981. Algo más tarde se constituyó además la Unión Internacional de Superiores Generales (unas 2000), a las que también se extendió su influjo. Como lógica consecuencia de todo ello, tomó parte en todas las Asambleas Ordinarias y Extraordinarias del Sínodo de los Obispos y en todas ellas tuvo varias intervenciones, algunas de las cuales fueron pronunciadas en nombre de la USG. Tomó parte igualmente en otras importantes reuniones eclesiales, como la II y III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebradas respectivamente en Medellín (1968) y Puebla (1979). También fue designado por el Papa miembro de la Congregación para los Religiosos (1968-73) y, posteriormente, lo sería de la de Evangelización de los Pueblos (desde 1975).

¹¹ Además de lo ya indicado en la nota 5, para esto y lo que sigue hasta 1970, véase M. ALCALÁ, *Gozo y martirio en España (1965-1970)* en: M. ALCALÁ ET AL., *Pedro Arrupe. Así lo vieron*, Santander 1986, 85-101.

¹² P. ARRUPE, *Ante un mundo en cambio*, 337-342; 369-375.

¹³ P. ARRUPE, *Écrits pour évangéliser*. Cf. además mi citada colaboración, en: G. LA BELLA (ed), *Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, nota 23.

Durante el periodo que ahora estamos ambientando (1965-1070), Arrupe asistió a la 1ª Asamblea Ordinaria del Sínodo (29-IX/28-X-67), que versó sobre la aplicación de la reforma conciliar y a la 1ª Extraordinaria (11/28-X-69), que abordó el tema de las relaciones de las Conferencias Episcopales entre sí y con la Sede Apostólica. En la Ordinaria de 1967 intervino en dos ocasiones: una en la discusión sobre “cuestiones doctrinales” y otra en la que versó sobre la “renovación de los seminarios”. En la Asamblea Extraordinaria de 1969 tuvo también dos intervenciones: una (el 22-X-69) sobre la importancia del contacto personal en el ejercicio de la autoridad, en la que aplicó dicho principio al mismo papa y aludió a la falta de claridad que a veces se da en los contactos con la curia; y otra, sobre la colaboración de los religiosos con las CC. EE., en la que insistió en la necesidad de respetar su propio carisma y consultarlos. En esta última Asamblea, Arrupe fue además elegido para formar parte de la comisión redactora del *Mensaje al clero*¹⁴.

2.1.1 Arrupe ante los Medios de Comunicación Social

Sólo dos días después de su elección para Prepósito General de la Compañía por la CG 31 (22-V-65), Arrupe concedió a la RAI su primera conferencia de prensa (24-V), en la que, entre otras cosas, afirmó lo siguiente:

“Si por progresista se entiende aquel que combate las grandes injusticias sociales existentes en todas partes del mundo, pero sobre todo en los países en vías de desarrollo, nosotros estamos con ellos en la línea de las grandes encíclicas. No podemos ignorar las desigualdades existentes en las ciudades y en los campos, donde los trabajadores que dan de comer a las gentes mueren después por falta de solidaridad”¹⁵.

Hacia fines del mismo año y una vez terminado el Concilio¹⁶, concedió otra entrevista a la revista *Realités* de París (12 ?-XII-65) en la que, entre las más importantes actividades de la Compañía enumeró la de “*estudiar las cuestiones sociales y difundir la enseñanza de la Iglesia en ese campo*”¹⁷.

Al año siguiente y aludiendo, al parecer, a las preocupadas preguntas del Papa en su discurso a la CG 31 el día antes de su conclusión (16-XI-66), Arrupe, en una declaración a 150 periodistas (24-XI) afirmó que “*no hay que maravillarse si alguna vez, en algún lugar y en algún caso, se haya ido más allá de lo oportuno. No deseamos defender los errores.*”

¹⁴ Cf. M. ALCALÁ, *Historia del Sínodo de los Obispos*, Madrid 1996, 17, 24, 60, 64 y 65.

¹⁵ P. M. LAMET, *Arrupe, una explosión en la Iglesia*, Madrid 1989, 270-271.

¹⁶ Ya durante él, había tenido otra conferencia ante los periodistas acreditados en el Concilio, sobre *El problema de la cultura*: en: P. ARRUPÉ, *Ecrits pour évangéliser*, 39-46.

¹⁷ P. ARRUPÉ, *La Iglesia de hoy y del futuro*, 130.

*Pero tampoco queremos cometer el mayor de todos: cruzarnos de brazos en una espera vacía, por temor a equivocarnos*¹⁸.

El año 1970 fue especialmente rico en intervenciones de todo tipo relativas al tema de la justicia en el mundo. De sus respuestas, en el mes de enero, a una agencia de información mejicana sobre las *Dimensiones políticas del apostolado*¹⁹, seleccionamos las siguientes frases:

“El apoliticismo, en cuanto renuncia sistemática a toda presencia en la política, es una imposibilidad para todo hombre apostólico de hoy. Por ejemplo, frente a una política racista, los miembros de la Compañía no pueden dejar de comprometerse [...]. Por otra parte, el apoliticismo oculta actitudes que, en realidad son políticas, porque constituyen un medio de someterse al sistema existente, aceptando su “violencia institucionalizada[...]”.

Pero los jesuitas no deben intervenir “con un criterio político; ellos deben actuar por razones evangélicas”.

Otra importante intervención fue la entrevista que le hicieron en *Avenire* (8-III-70) sobre *Hacia la renovación en el surco de la tradición*²⁰. Tras afirmar que “la Orden jesuítica pretende dar su mayor contribución [a los problemas del mundo actual] con una profunda reflexión teológica sobre la situación moderna”, añade que dicha reflexión debe extenderse al plano social; y prosigue así:

“Es necesario verificar si las actuales estructuras sociales están adaptadas o no y, si no lo están, inventar otras. Y, lo que todavía es más importante, encontrar y crear hombres que hagan de «agentes de cambio», que actúen como operarios del cambio de estructuras. Naturalmente [...], no de manera violenta o revolucionaria, sino en sentido positivo, constructivo”.

Al cumplirse los 25 años de la bomba atómica de Hiroshima (6-VIII-70), Arrupe concedió otra entrevista a la misma publicación (*Avenire*) y publicó en ella un largo artículo²¹, del que destacamos estas frases: “Otra «explosión» se está incubando hoy; se va fraguando con la muerte de millones de hombres por hambre y vida infrahumana [...]. ¿Quién es el responsable de tal estado de cosas? No creo que un «pecado» así se pueda imputar a unas cuantas personas, sino a una buena parte de la sociedad humana”. Y, más adelante:

¹⁸ P. ARRUPE, *Acta Romana S.I.*, vol 14, 761-762.

¹⁹ P. ARRUPE, *Ecrits pour évangéliser*, 297-299.

²⁰ P. ARRUPE, *Conferentiae, Homiliae, Colloquia 1970*, 78-85.

²¹ P. ARRUPE, *Ante un mundo en cambio*, 1-32

“Otra lacra de nuestro tiempo es la creada por las diferencias interraciales. Que se juzgue del valor de una persona o de un pueblo entero por el color de su piel; y que en pleno siglo XX se vinculen a la epidermis los derechos de una persona humana, es realmente incomprensible; pero es una realidad de incalculable poder destructivo”.

2.1.2 Escritos y conferencias del P. Arrupe

En 1968, bajo el título de *Fe cristiana y acción misionera hoy*, Arrupe pronunció en Roma una conferencia (2-IV), cuya primera mitad estuvo dedicada al análisis de los *Motivos de la crisis misionera* en el inmediato post-concilio. La última razón aducida para esa crisis, no es de orden teológico, sino “socioeconómico”: “*que en estos últimos años [...] el concepto de «país de misión» se va substituyendo con el de «país en vías de desarrollo». Más que el país al que se debe «convertir», es el país al que se debe ayudar en su desarrollo».* Prescindiendo ahora de la crítica que Arrupe hace a esa forma reduccionista de pensar, él mismo nos indica a continuación que ella “*pone en manos del misionero una serie de elementos eficacísimos para su obra*”. Pero especialmente pone de relieve que “*la acción de la Iglesia Misionera en favor del progreso de los pueblos, es antes que todo, una exigencia interna del ser mismo de la Iglesia, como portadora del mensaje y del amor de Cristo*”; y, por tanto, que el “*interés vivo de la Iglesia por la ayuda a los pueblos infradesarrollados no es una nueva táctica de apostolado, ni una simple adaptación a circunstancias históricas nuevas*”. Un poco más adelante, precisa algo más su pensamiento, basándose en textos del Vaticano II: “*El progreso humano no es, por sí mismo, historia de la salvación; pero, de hecho, el hombre y el mundo tienen su fin en Cristo [...] y la obra de la caridad cristiana en favor del progreso de la humanidad no será destruida, sino integrada en la salvación definitiva de la humanidad*” (185-188).

Ya antes de la conferencia que acabamos de reseñar, Arrupe había escrito dos cartas, que -aunque de carácter interno- produjeron un notable impacto en la opinión pública y contribuyeron al conocimiento de su autor: la primera estaba dirigida a los jesuitas de América Latina y trataba del *Apostolado Social* (12-XII-66); la segunda tenía como destinatarios los jesuitas de América del EE. UU. y Canadá, y versaba sobre el *Apostolado entre las diversas razas* o, con otras palabras, del “*problema racial*”. No pretendo examinarlas aquí, ya que son de carácter interno²², sino únicamente apuntar a la publicación en España de un libro del año 1968, en el que seis conocidos pensadores la saludan con alborozo bajo el significativo título de *La Carta del Padre Arrupe: Requiem por el Constantinismo*²³.

Hacia fines del año 1969 y en el marco del conocido Katholikentag (Congreso anual de los Católicos Alemanes) pronunció Arrupe una conferencia, que lo convertiría en ade-

²² He tratado de ellas en mi colaboración publicada en: G. LA BELLA (ed), *Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, 766.

²³ J. M. GONZÁLEZ RUIZ, A. C. COMÍN, J. GARCÍA NIETO S.J., R. HINOJOSA, F. MANRESA S.J., I. RIERA S.J. *La Carta del P. Arrupe: ...*, Barcelona 1968.

lante en una de las personalidades más deseadas en los grandes foros culturales de la Iglesia. Versó en esta ocasión sobre la *Situación de la Iglesia Católica en el mundo*²⁴. Comenzó afirmando que uno de los factores de esa situación lo constituye “una profunda dificultad y crisis de fe” que, en el entonces llamado Segundo Mundo, “procede de la opresión de la fe por parte del materialismo oriental”, mientras que “en el supertecnificado mundo occidental” se debe más bien al hecho de tropezarnos con “un mundo secularizado” y con un “ateísmo práctico [...] convertido en un problema a escala mundial”. A ello se junta, como segundo factor, “una reflexión teológica mal asimilada”. Pero, según Arrupe, reducir a sólo esos dos factores la actual crisis de fe sería “un modo de pensar típicamente occidental, sin suficiente universalidad”; y aduce para ello el siguiente hecho: que “para cientos de católicos en nuestro mundo de hoy, la auténtica crisis de fe” radica “en la miseria brutal de la vida. Dicho con otras palabras: a los hombres del Tercer Mundo les es extremadamente difícil tomarse en serio una Buena Nueva, que hasta hoy no ha conseguido alegrar de algún modo la siempre penosa existencia de esta gente”. Tras un amplio análisis y desarrollo de toda esta problemática, en la última parte de su intervención, dedicada ya a las *Consecuencias*, propone ésta como la tercera: “La Iglesia en cuanto tal ha de mostrarse [...] como Iglesia de aquellos hombres que, según la palabra del Señor, representan el más seguro criterio de amor: los pobres, los tiranizados, los perseguidos, los expulsados, los desesperados. Si falseamos o trastocamos esta palabra del Señor, hemos cometido delito de alta traición a su mensaje”.

2.1.3 A los Antiguos Alumnos de Jesuitas

Uno de los colectivos eclesiales más atendido pastoralmente por el P. Arrupe fue el de los Antiguos Alumnos de las instituciones educativas de la Compañía. Ya en 1966, sin haber terminado aún la CG 31, dirigió unas palabras (2-X) a la Comisión Organizadora del II Congreso Mundial de las Asociaciones de Antiguos Alumnos, en las que reinterpretó del siguiente modo la triple A de dicho colectivo: A de “amor cristiano”, A de “acción basada en el amor” y A de “apertura [...] al mundo, [...] a todo y todos”²⁵.

Casi un año después se celebró en Roma dicho Congreso (26/30-X-67), en que Arrupe fue precisando su pensamiento en seis distintas²⁶ intervenciones. Extractamos de cada una de ellas lo más significativo sobre la promoción de una mayor justicia en el mundo:

En la Eucaristía inicial: “Si nosotros somos fieles en vivir el misterio eucarístico, no se nos podrá achacar el reproche, que a veces se hace a las asociaciones de Antiguos Alumnos, de que se desentienden de sus hermanos cristianos y de sus hermanos humanos. El sacrificio euca-

²⁴ Die Situation der Katholischen Kirche in der Welt, en: P. ARRUPE, *Conferentiae, Homiliae, Colloquia*, 1970, 209-229. En español y bajo el título: “El futuro de la Iglesia”, se ha publicado en P. ARRUPE, *Ante un mundo en cambio*, 39-60.

²⁵ P. ARRUPE, *Hombre para los demás*, 21.

²⁶ 1º. Homilía en la Eucaristía de apertura (26-X); 2º. Alocución inaugural (27-X); 3ª. Palabras a los Presidentes y Consiliarios de las Federaciones Nacionales (29-X); 4º. Id. a la Comisión de Jóvenes (29-X). 5ª. Id. al grupo de las Familias (29-X); 6º. Discurso final (30-X). Todo ello en P. ARRUPE, *Hombres para los demás*, 25-58.

ristico nos inmuniza contra semejante peligro” (29).

En su alocución inaugural:

“He aquí la característica nuestra, el lema o mote del blasón familiar jesuítico: servir. Hoy las necesidades son angustiosas por lo profundas y urgentes [...]. Materialmente, el hombre, que hace esfuerzos titánicos por enseñorearse del mundo [...], siente más que nunca en su diminuto planeta los grandes azotes de la humanidad: la guerra, el hambre. Sarcasmo cruel: una civilización, que con soberbia a lo Babel quiere substituir al Dios providente, pero que se convierte en el látigo con que golpea ella misma sus propias carnes. La razón es clara: al querer matar a Dios que es amor, engendra el odio que es tiranía y lucha fratricida [...]. ¿Que debéis hacer vosotros en esas circunstancias? He aquí nuestra labor, nuestro servicio: trabajar con el resto de la humanidad en esa labor reflexiva sobre la situación del mundo y colaborar [...] a la construcción de un mundo de verdad, justicia y amor” (38).

A los Presidentes y Consiliarios de Federaciones Nacionales: *“no podemos limitarnos a exponer ideas [...]; hemos de pensar de manera muy práctica lo que tenemos que hacer”*. *“Al oíros preguntar: «¿Que puede aportar la Asociación a los AA. AA.?, pienso que la pregunta es totalmente legítima, pero deber ser completada con una segunda pregunta: «¿Qué aportan en realidad los AA. AA, a la Compañía de Jesús, a la sociedad y a la Iglesia?»” (42-43).*

A la Comisión de Jóvenes:

“Al oír hablar del Tercer Mundo y de la ayuda al mismo, me he dado cuenta de que estabais adivinando mi pensamiento. Os quería decir, con todo el realismo posible, que las dos terceras partes de la humanidad viven en condiciones infrahumanas. ¿Qué posibilidades podéis ofrecer vosotros como Antiguos Alumnos?”. *“Este conjunto tan heterogéneo, llamado Tercer Mundo, nos abre un campo de trabajo sumamente complejo al que nuestra acción puede aportar una ayuda sin duda positiva” y “la Compañía puede facilitaros las relaciones y contactos necesarios para iniciar un trabajo cuya planificación completa os tocará a vosotros ir elaborando”*. Por ejemplo: el apostolado con *“los estudiantes que vienen de los países del Tercer Mundo a Europa y América” (47).*

Intervención improvisada en el grupo de Familia: *“No se olviden que una de las características de la juventud actual es la generosidad y, cuando con modo y psicología, impregnada de cariño, de rectitud y aun de cierta dureza se sabe exigir a la juventud moderna, ésta*

sabe responder".

Palabras de despedida: el cree que, al concluir el Congreso, "*dentro de la maleta de cada uno*", se lleva "*la íntima convicción de que tenéis una gran misión en el mundo [...]. Cristo, como sabéis es quien os envía y os envía al mundo entero y, especialmente a ese Tercer Mundo*" (57).

A fines de 1968 Arrupe, atendiendo varias peticiones al respecto, escribió una carta a todos los AA. AA. de instituciones de la Compañía (24-XII), orientada a dar un nuevo impulso al dinamismo de las Asociaciones. Dicha carta ha sido titulada *Más de dos millones de destinatarios* y en ella constata Arrupe, en primer lugar, que la mayor parte de dichos destinatarios "*profesáis la doctrina de Cristo, tal como nos la transmite la Iglesia Católica. Pero no pocos pertenecéis a otras confesiones cristianas [...] o seguís otras creencias. Puede que algunos os contentéis con un humanismo laico, o que todavía os encontréis en estado de búsqueda de fe*" (60). Algo más adelante prosigue así:

"De vuestros maestros y educadores aprendisteis -así lo creo- cuales deben ser las relaciones del hombre con Dios y cuales los deberes, que fundados en la ley natural de la solidaridad humana, tenemos para con todos los hombres. Cada ser humano, aun cuando viva en el más apartado rincón de la tierra, se ha convertido en un ser «prójimo» (= «próximo») [...] Se os ha enseñado también que ningún ser humano ha nacido para vivir aislado, pues la persona humana es intrínsecamente social [...]. Las llamadas «obras de misericordia» [...] deben extenderse ahora a todos los confines de la tierra y ser obligatorias también para las colectividades y los pueblos. El progreso y desarrollo de las naciones están condicionados a una justa distribución de la riqueza" (62).

Tras preguntarse a continuación lo que "*significa todo esto para vosotros [...] en el actual contexto del mundo*", responde así: Ante todo debéis abrir vuestras Asociaciones a los nuevos problemas, "*orientándolas hacia aquellas necesidades humanas, sean de vuestros propios países, sean de otras naciones*" (62-63) de las que acaba de hablar. Un poco más adelante afirma que "*No me corresponde a mí sugerir las realizaciones concretas que puedan llevarse a cabo en [...] distintos niveles de colaboración*", pero para añadir enseguida que "*tal vez se ofrecen hoy más que nunca a la Compañía oportunidades para una labor eficaz*" y que "*vuestra colaboración de Antiguos Alumnos nos es muy necesaria, si queremos que el trabajo de la Compañía sea realmente eficaz para el bien de la humanidad*" (64).

Algunos días después, la carta anterior tuvo como complemento otra dirigida a los Provinciales (31-XII-68), para implicar a toda la Compañía en la tarea, ya descrita, de dinamización de las Asociaciones de AA. AA., de forma que también ellas intenten "*realizar, en toda su plenitud, el ideal apostólico de la Compañía*" (68) y se supere una "*cierta versión [...] o, al menos, incompreensión, hacia la llamada acción social*", que se advierte en algunos casos (69).

Casi un año después, con motivo de una reunión en Roma de los responsables de la Asociaciones italianas (1/2-IX-69), estos invitaron el P. Arrupe a una de las sesiones del día 2-IX. Éste aceptó y pronunció en ella un discurso²⁷ que enfocó de la siguiente forma:

“En estos momentos de extroversión [...] quisiera hacer un llamamiento al espíritu que ha de mover el progreso humano [...]. No se trata de una introversión que llegue hasta la «fuga mundi» [...], sino más bien de ponerse en íntimo contacto con Aquel que [...] se consagró al servicio del mundo y de los hombres hasta la muerte [...] El apóstol, pues, inspirado en Cristo, ha de vivir en Dios y al mismo tiempo «encarnarse» en la realidad histórica que lo envuelve, para colaborar a la redención de sus hermanos [...] ; también el apóstol ha de sentirse estimulado a una encarnación [...] que lo lleve a redimir al que sufre, experimentando sus limitaciones y disminuyendo o eliminando las causas de su sufrimiento. Por eso todo verdadero desarrollo debe basarse en Cristo [...] porque es Él quien indica el camino para la solución de todos los problemas humanos” (76-78).

2.1.4 A los religiosos en general

Otro de los colectivos eclesiales especialmente atendidos por el P. Arrupe fue el de los religiosos y religiosas. A ello contribuyó de forma muy determinante lo que ya indicamos en la ambientación introductoria a este periodo sobre su pronta y repetida elección como Presidente de la Unión de Superiores Generales y sobre su participación e intervenciones en las diversas Asambleas del Sínodo de los Obispos y en otras importantes reuniones eclesiales. No es pues extraño que su presencia inspiradora fuera muy solicitada por religiosos y religiosas. Limitándonos una vez más a las intervenciones en las que él trató, directa o indirectamente, la cuestión de la *Justicia en el mundo*, recordamos aquí las siguientes²⁸.

En la alocución que dirigió a las Esclavas del Sagrado Corazón (25-III-69) con ocasión de uno de sus Capítulos Generales, Arrupe, a pesar del título de la misma (*Sirviendo y animando al mundo*)²⁹, no abordó directamente el tema del servicio a este mundo en sus necesidades. Pero sí trató de una cuestión que para un Capítulo General es todavía más importante: la de la forma de realizar las adaptaciones a un mundo secularizado. Descartando la de una cerrada oposición a todas ellas (1ª), la de permitir cualquier cosa hasta que la adaptación se imponga por vía de hecho (2ª) e incluso la de permitir que cada uno vaya haciéndola según su carisma individual (4ª), Arrupe propone esta 3ª posición: la

²⁷ P. ARRUPE, *Hombres para los demás*, 75-81.

²⁸ Sobre la significatividad de Arrupe para la vida religiosa en general, véase: M. ALCALÁ, “Pedro Arrupe y la vida religiosa del Postconcilio”, en: G. LA BELLA (ed), *Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, 671-709.

²⁹ P. ARRUPE, *Ante un mundo en cambio*, 145-178.

de “*aceptar y promover positivamente el proceso inevitable de adaptación*” (que él considera “*providencial*”), pero “*dirigiéndolo de una manera planificada y seria, hacia la inserción de la vida religiosa en el Pueblo de Dios, como medio de apostolado eficaz*” (336-339). Las observaciones que siguen a continuación sobre la “*ejecución*” de todo lo anterior (339ss), son casi indispensables para matizar adecuadamente lo dicho.

El Consejo General de la Pontificia Comisión para la América Latina (COGECAL) celebró en Roma una de sus reuniones (18/21-VI-1969), en la que Arrupe, en cuanto Presidente de la USG, fue encargado de la ponencia dedicada a *Los religiosos frente a los problemas de América Latina*³⁰. Entre otras muchas cosas, se expresó así: “*Los religiosos de vida apostólica deben integrarse íntimamente al proceso de humanización del continente, que es el problema más agudo en América Latina. Se debe buscar la manera de que los jóvenes [...] no encuentren una disociación práctica en el conjunto de observancias llamado «vida regular» y la participación en el desarrollo*” (148). Más adelante concreta del siguiente modo lo dicho anteriormente: el “*Apostolado social*” (al que cita en 2º lugar, tras el de “*evangelización*”) “*tiene hoy imperiosa prioridad, dada la situación de grandes masas [...]. La Iglesia ha solicitado en Medellín [...] la ayuda de todos en esa promoción humana y en ese desarrollo integral*”. Para los religiosos en general ello será una labor “*difícil*”, “*que exige prudencia, humildad, sacrificio*”; será además “*esencial [...] que los religiosos sean «signum paupertatis» y [...] «signum unitatis»*” (150-160). Hablando luego específicamente de las posibles prioridades del apostolado actual de las religiosas, dice por ejemplo: la de “*dedicarse más a procurar la promoción de la mujer del pueblo, tanto de la mujer del campo, como de la ciudad*”, la de “*afrontar decididamente todo el problema de la educación femenina [...] que debe capacitar a la mujer latinoamericana para ocupar el puesto que el mundo contemporáneo reserva a la mujer en la sociedad y en la Iglesia*”, la de “*tomar parte activa, a través del propio estudio y de la propia mentalización, en la prudente preparación de un cambio eficaz de estructuras sociales, que traigan condiciones más justas para todos en un desarrollo más armónico y rápido*” (171-172).

También se hizo presente Arrupe, por medio de una grabación magnetofónica, en una reunión de la Federación Italiana de Ejercicios Espirituales (FIES), en la que habló de la *Colaboración [de las religiosas] en los Ejercicios Espirituales*³¹ (3-I-70), ya como auxiliares del director, ya como directoras de EE. Tras valorar positivamente esa realidad, puso ante todo de relieve la necesidad que tiene el mundo actual, caracterizado por “*fortísimas tensiones*” (por ejemplo “*valor positivo de lo terrestre contrastado con lo celeste*”, “*secularización y religión*”, “*pobreza y medios económicos*”), tiene necesidad de “*hombres santos*”, “*que no se busquen a sí mismos, sino «el reino de Dios y su justicia»*” y de “*hombres nuevos*”. Pues bien, “*para esta forja de hombres nuevos debemos dar los genuinos ejercicios*”, que tienden a esa profunda transformación. Especial importancia concedió en este contexto al “*verticalismo característico de los genuinos ejercicios, en completo retiro y conveniente silencio*”, pero subrayando enseguida que dicho verticalismo

“no prescinde de la horizontalidad humana, antes bien la trasciende; porque, al compenetrarse el ejercitante con el

³⁰ Un breve resumen de las partes II y III y el texto de la III, en: *ibid*, 145-179.

³¹ P. ARRUPE, *Nuestra vida consagrada*, 317-324.

plan salvífico de Dios [...], queda también en él integrado, en favor de sus hermanos los hombres. La pléyade innumerables de apóstoles y obras apostólicas [...] que han surgido de los ejercicios demuestran su inmensa transcendencia social [...]. Ni tampoco puede darse verdadero horizontalismo humano y cristiano, si no se ha nutrido antes de ese trato misterioso y horizontal con el Espíritu”.

La conclusión es ésta: “*El verdadero verticalismo entraña lo horizontal; y el verdadero horizontalismo supone lo vertical*”.

2.2 Hasta el comienzo de la CG 32 (2-XII-74)

No todos están de acuerdo en la caracterización del ambiente en que se desarrolló la vida de la Compañía durante el cuatrienio que va desde el comienzo de la 65ª Congregación de Procuradores (17-IX-70) hasta el de la CG 32 (2-XII-74)³². En mi opinión, la gran mayoría de los jesuitas vivía, con aceptación y entusiasmo, el giro dado a las cosas por el Concilio y por la CG 31 y deseaba que se sacasen de él todas sus consecuencias. Para muchos la cuestión del grupo de la “fidelidad” sólo había sido una anécdota de España, que perdió fuerza con la aprobación -extraordinariamente laudatoria- de la CG 31 por el Papa (27-VII-68) y que luego quedó plenamente zanjada con la negativa del mismo Pablo VI a la propuesta de un gobierno separado para dicho grupo (26-III-70).

Con ese mismo espíritu, la 65ª Congregación de Procuradores no quiso imponer con su voto al General (como podría haberlo hecho) la convocatoria inmediata de una nueva CG (4-X-70). Con toda razón, Arrupe interpretó enseguida dicho voto como un deseo de no perturbar el gobierno ordinario de la Compañía “*en su esfuerzo de renovación acomodada [...] y de permitir [...] que continúe avanzando en la ejecución de los Decretos de la Congregación General 31*”, pero sin que eso obstara a la convocatoria, cuando al General le pareciera conveniente, de “*una nueva Congregación General, cuyo momento de celebración [...] no es bueno que se difiera demasiado*”.

Apliquemos lo anterior al tema de la fe y la justicia. Si es correcta la interpretación que yo he dado³³ a una *confidencia* del P. Arrupe, ya enfermo, al P. Lamet³⁴ (17-VII-83), aquél le había dado a entender “*a los ochenta procuradores, reunidos en Roma*” que “*a partir*

³² El que más ha subrayado, aportando documentos, los elementos negativos y, en concreto, la creciente preocupación de la Santa Sede por la marcha de la Compañía desde 1970, ha sido B. SORGE, “Postfazione”, en J.-Y. CALVEZ, *Padre Arrupe. La Chiesa dopo il Vaticano II*, Milano 1998, 246-258; ID., “XXXII Congregazione Generale della Compagnia di Gesù. Le preparazioni a le atesse I u II”: *La Civiltà Cattolica* 1974-IV, 424-434 y 526-539, especialmente el epígrafe II “postulato” di Paolo VI, 538-539; ID., “Generales, 28. Arrupe. Las relaciones de A.y de la C.G. con la Sta. Sede”, en *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, 1701-1703.

³³ Cf. mi colaboración “Arrupe y la justicia”, en G. LA BELLA (ed), *Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, 772-773.

³⁴ Recogida en P. M. LAMET, *Arrupe, una explosión en la Iglesia*, 439-440 y, con algunas variantes, en N. ALCOVER, *Arrupe, memoria siempre viva*, 232-233.

de entonces comenzaba algo completamente nuevo. Estaba seguro. No tenía la más mínima duda de que empezaba una nueva etapa que se iba a caracterizar por un nuevo valor. ¡Qué cosa tan bonita, padre! [...]. Íbamos a empezar algo con grandes consecuencias para la Iglesia y la Compañía [...]. Y todos aceptaron la Congregación General”. Luego, a la pregunta de Lamet sobre si se trataba ya de la opción por la fe y la justicia, respondió Arrupe: “Sí y no. Estaba aún indefinido, estaba aún en ciernes” y, más adelante: “Sí, se fue desarrollando hasta llegar al Decreto IV de la Congregación General 32”.

Pues bien, a ese desarrollo contribuyeron, durante este periodo, importantes acontecimientos eclesiales, en algunos de los cuales también intervino Arrupe, influyendo y dejándose influir³⁵. Enumeremos algunos: la *Octogesima adveniens* (14-V-71) de Pablo VI, los comienzos de la *teología de la liberación*, deudora a su vez de Medellín (1968) y, tal vez, incluso la polémica *Asamblea Conjunta Obispos-Sacerdotes* en España (septiembre 1971). Pero sin duda los dos acontecimientos que más repercutieron en Arrupe y en la Compañía en relación con el tema de la promoción de la justicia fueron la 2ª y 3ª *Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos*, celebradas, respectivamente, los años 1971 y 1974.

La de 1971 (30-IX/29-X) se ocupó del doble tema del *Sacerdocio* y de la *Justicia en el mundo*, cuestiones ambas íntimamente relacionadas, ya que en la primera se incluía la del influjo del ejercicio sacerdotal en la realidad terrena. Acerca de la primera cuestión, Arrupe intervino en dos ocasiones³⁶: una sobre la *crisis sacerdotal* y otra sobre las *relaciones clero secular y religioso e integración de las religiosas*³⁷. Más interés tuvo para nuestro propósito su *intervención sobre Contribución de la Iglesia a la instauración de la justicia* (23-X)³⁸. De ella seleccionamos las siguientes ideas: en primer lugar, los tres puntos en que Arrupe sintetiza “la línea específica del pensamiento de la Iglesia en la orientación de los problemas de justicia: 1º. La formación del hombre nuevo [...]. 2º. La verdadera escala de valores [...]. 3º. [...] la creación de una mentalidad universal, de una nueva conciencia humana universal”. Merecen igualmente ser destacadas sus recomendaciones y sugerencias finales sobre lo que el Sínodo debe hacer concretamente, además de comprometer a las comunidades cristianas locales, para responder a “los problemas comunes de justicia que se extienden a nivel mundial y que deben ser, por tanto, pensados y analizados por la Iglesia Universal en cuanto tal”; tales problemas son por ejemplo “el racismo, los ingentes gastos militares, la opresión económica de los pueblos débiles, la marginación y el hambre, la guerra, la violencia”. Para más detalles nos remitimos al texto.

³⁵ Cf. M. GARCÍA, “La expresión «promoción de la justicia» en su contexto eclesial”: *Manresa* 55 (1983) 225-243.

³⁶ Omitimos aquí toda referencia a la preparación de dicho Sínodo por parte de los religiosos, pero véase para ello G. CAPRILE, *Il Sinodo dei vescovi 1974*, Roma, principalmente 1037-1075, pero también 36, 56, 114-115, 745 y 760.

³⁷ Cf. M. ALCALÁ, en G. LA BELLA (ed), *Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, 83 y 92.

³⁸ El texto ha sido publicado en P. ARRUPE, *Ante un mundo en cambio*, 225-235 y en P. ARRUPE, *La Iglesia de hoy y del futuro*, 303-309. Cf. además M. ALCALÁ, *Historia del Sínodo de los Obispos*, 107.

Pero, en mi opinión, lo verdaderamente trascendente del Sínodo de 1971 no fueron estas intervenciones de Arrupe en él, sino el influjo que el Sínodo y sus dos documentos finales, *El Sacerdocio ministerial* y *La Justicia en el mundo*, ejercieron sobre Arrupe. Lo veremos con mayor claridad cuando examinemos otras intervenciones suyas, principalmente su célebre discurso de 1973 en Valencia a los AA. AA. de jesuitas. Por ahora baste recordar esta frase del documento del Sínodo sobre la Justicia, citada por Arrupe en Valencia con especial fuerza: “*La acción en favor de la Justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, es decir, la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de toda situación opresora*”.

En cambio la importancia del Sínodo de 1974 va por otros derroteros. Para situarlo adecuadamente en la vida de Arrupe y de la Compañía, recordemos ante todo que dicho Sínodo es posterior al discurso de Valencia (1973), pero anterior a la CG 32 (1975). El tema elegido para él fue el de *La Evangelización*, tema íntimamente vinculado con el de la Justicia, sobre todo si tenemos en cuenta la frase del Sínodo anterior que acabamos de recordar: que “*la acción en favor de la Justicia [...] es una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio*”. La exacta determinación del papel que debe jugar en la Evangelización la promoción de la Justicia en el mundo era precisamente uno de los grandes interrogantes que tendría que abordar el Sínodo del 74. Examinamos pues, a continuación, la presencia y relación de Arrupe con dicho Sínodo desde los tres siguientes puntos de vista.

En primer lugar, el nuevo Sínodo fue cuidadosamente preparado por la *Unión de Superiores Generales*³⁹ y, en concreto, por el P. Arrupe en cuanto presidente de dicho organismo. La USG dedicó a dicha preparación sus Asambleas XII (26-29-XI-73) y XIII (27-30-V-74), en las que se trataron sucesivamente estos dos temas entre sí concatenados: *Evangelización y humanización*⁴⁰ y *Evangelización y vida religiosa*⁴¹. También estuvieron orientadas a dicha preparación las tres reuniones (3-XII-73 y 8 y 22-II-74) que, en el intervalo entre ambas Asambleas, fue entretanto celebrando el llamado *Grupo de los 16*, compuesto por los 16 Generales, que la misma USG designó en su XII Asamblea para que representasen a los Generales en el Sínodo. En ambos foros intervino el P. Arrupe: ante todo ante el *Grupo de los 16* con una ponencia sobre *Evangelización y vida religiosa*⁴²; luego, al final de la XIII Asamblea Plenaria (30-V-74), con otra ponencia titulada *El futuro de la vida religiosa en relación a la evangelización*⁴³; entre los documentos del P. Arrupe *Omnis terra*, preparatorios del

³⁹ Sobre la preparación de este Sínodo por parte de los religiosos y, en general, sobre la presencia de la vida religiosa en este Sínodo, véase G. CAPRILE, *Il Sínodo dei vescovi 1974*, Roma 1975, 815-843.

⁴⁰ Sobre dicha cuestión presentaron importantes ponencias los PP. Y.-M. CONGAR, O.P., H. DE LA COSTA, S.I. y mons. J. BOLMJOUS.

⁴¹ Sobre esta otra cuestión presentaron ponencias los PP. V. AYL, de las Escuelas Cristianas, P. G. CABRA, de la Sda. Familia de Nazaret, y, según diremos enseguida, el mismo P. ARRUPÉ.

⁴² Su texto se ha publicado en P. ARRUPÉ, *La vida religiosa ante un reto histórico*, 19-33 y en P. ARRUPÉ S.I., *La Iglesia de hoy y del futuro*, 633-645.

⁴³ Igualmente su texto se ha publicado en P. ARRUPÉ, *La vida religiosa ante un reto histórico*, 73-94; y en P. ARRUPÉ S.I., *La Iglesia de hoy y del futuro*, 647-665.

Sínodo de 1974, existe finalmente un tercer documento titulado *El mundo contemporáneo y su desafío a la Iglesia*⁴⁴, que al parecer no fue utilizado. La falta de espacio nos impide, una vez más, decir algo sobre su contenido. Remitimos por tanto al lector a su lectura directa, ya que todos ellos están publicados.

Llegamos ya, en segundo lugar, a la misma 3ª Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos (27-IX/26-X-74)⁴⁵, en la que Arrupe tuvo numerosas intervenciones, tanto durante la primera parte del Sínodo (dedicada a experiencias y problemática pastoral de la Evangelización)⁴⁶, como durante la segunda (dedicada a los aspectos teológicos de la misma)⁴⁷. Además, en los últimos días del Sínodo se aprobó un *Mensaje sobre derechos humanos y reconciliación*, que había sido solicitado por varios padres sinodales, entre los que se contaba Arrupe. Todas estas intervenciones tienen una unidad interna, que aquí nos resulta imposible poner de relieve. Para nuestro propósito las más notables de todas las intervenciones aludidas (y detalladas en las notas 46 y 47) son la titulada *Experiencia global de evangelización* y, todavía más, la dedicada a la relación entre *Evangelización y promoción humana*⁴⁸.

Del contenido de ésta última proporcionamos a continuación una síntesis, muy resumida.

1º. Comienza Arrupe rechazando como inaceptables estas tres concepciones: “1.1. La fe cristiana, y por consiguiente la evangelización, aliena al hombre y paraliza el esfuerzo de los hombres por su promoción humana colectiva”; “1.2. La evangelización, en una sociedad claramente dividida en dos grupos antagónicos: el de los opresores y el de los oprimidos, debe reducirse al anuncio y al compromiso socio-político para la liberación económica, cultural y política [...], incluso por medios violentos” y ello, “bien porque se reduce la evangelización a la promoción humana, o porque esta última es condición previa «sine qua non» para el anuncio del Evangelio”; “1.3. Otros niegan toda relación entre promoción humana y evangelización [...] reduciendo la esfera de influencia de la moral cristiana al matrimonio, el trabajo profesional y la beneficencia”.

⁴⁴ Su texto se ha publicado en *Ibid.*, 207-222.

⁴⁵ Cf. M. ALCALÁ, *Historia del Sínodo de los Obispos*, 117-159, especialmente 130, 136, 142 y 151.

⁴⁶ En la “tormenta de ideas” con que se inició dicha primera parte, tuvo una intervención oral sobre *Experiencia global de evangelización* y dos comunicaciones escritas (respectivamente sobre la *Evangelización de la ciencia y de la educación*, especialmente en momentos de socialización y democratización, y sobre *Opinión pública y Evangelización*, en el seno de la misma Iglesia); algunos días después, tras la lectura (hecha el día 10-X) de lo tratado en los llamados “círculos menores” sobre esas mismas cuestiones (del 4 al 8-X), Arrupe volvió a intervenir brevemente para insistir en la importancia de las Universidades católicas y los M.C.S.

⁴⁷ En la segunda parte Arrupe volvió a intervenir sobre el importante y delicado tema de la relación entre *Evangelización y promoción humana*, además de presentar por escrito tres comunicaciones: respectivamente, sobre la necesidad de *completar la ortodoxia con la “ortopraxis”*, sobre la *importancia de la ciencia y el arte* para la Evangelización (junto con el tema de la inculturación y el pluralismo) y sobre la *jerarquía de verdades y prioridades*.

⁴⁸ Ambas han sido publicadas en: P. ARRUPE, *La Iglesia de hoy y del futuro*, 223-227 y 229-233; la primera además en: P. ARRUPE, *Hambre de pan y evangelio*, 85.

2º. En contraste con lo anterior, Arrupe nos dice a continuación: “*La concepción que estimamos conforme con el magisterio de la Iglesia establece una relación real interna entre evangelización y promoción humana, que puede formularse en estos tres «Principios teológicos»*”: “2.1. *No puede confundirse o identificarse la evangelización y la promoción humana*”. Y, algo más adelante: “*Por eso no se puede reducir la evangelización a la promoción de los valores humanos sin referencia al misterio de Cristo*”. “2.2. *Tampoco pueden separarse la promoción humana y la evangelización en dos actividades totalmente independientes*”. Por tanto, “*es necesario denunciar como inaceptables para un cristiano aquellas concepciones que tienden a reducir la vida cristiana a sólo el culto, a la moral familiar o profesional en lo que tiene de conducta privada. También las manifestaciones colectivas de la vida humana, en el orden social, económico, político [...] deben responder a las exigencias de la dignidad de la persona humana según el concepto cristiano del hombre: justicia, igualdad, libertad, participación*”. “2.3. *La evangelización incluye la promoción humana y la lleva a su máxima perfección*”. Aunque Arrupe le dedica más de mitad de toda su intervención al desarrollo de este tercer y último principio teológico, nosotros tenemos que contentarnos aquí con transcribir los epígrafes de sus seis apartados y un par de precisiones adicionales sobre el contenido del cuarto de ellos. He aquí, ante todo, los seis epígrafes: *Evangelización y fraternidad con los hombres; ... y promoción de la justicia social; ...y promoción de una vida más humana; ... y liberación; ... y política; La evangelización, recapitulación de todas las cosas en Cristo*.

La sección sobre la liberación (la 4ª) comienza así: “*El esfuerzo por conseguir una sociedad más justa, más humana, más respetuosa de los derechos y deberes de cada persona humana es un esfuerzo también por lograr la plena liberación del hombre*” de estas tres esclavitudes: “*-del sometimiento a la naturaleza, por el avance progresivo de las ciencias y de las técnicas, a condición de que se desarrollen al servicio de la persona humana; -de todas las formas de explotación [...]; -de los propios egoísmos [...]*”. Pero a esas tres fundamentales afirmaciones sobre la liberación exigida por la evangelización añade Arrupe, entre otros matices, las siguientes puntualizaciones: “*Para no pocos cristianos de hoy, que luchan por la liberación [...] de los pobres y de los oprimidos, las estructuras económicas y sociales [...] parecen ser las causas únicas de todos los males de los pobres*”. Pero, tras esa forma de pensar, late “*un equívoco fundamental: pensar que los desequilibrios sociales tienen su origen únicamente*” en dichas estructuras y que, luchando contra ellas, “*el hombre podrá restablecer una especie de paraíso perdido*”. Tras desarrollar algo más a continuación, cómo debe entenderse en cristiano la liberación cristiana, aun en lo social, nos dice luego:

“Toda teología cristiana y católica de la liberación no debe olvidar jamás que hasta la parusía esta liberación cristiana será siempre un proceso in fieri, siempre frágil [...]. Antes de la parusía un Reino de Dios ya realizado aquí en la tierra será engaño e ilusión. Nuestra esperanza cristiana es escatológica y, como tal, difiere esencialmente de la esperanza marxista”.

Y concluye así su pensamiento sobre los efectos de la parusía: “*Esta redención o liberación y santificación primera, que es estrictamente personal y obrada solamente por Cristo, tendrá entonces también su dimensión social y aun cósmica, no a modo de apéndice, sino como*

exigencia intrínseca”. Nos queda todavía una palabra por decir, en tercer lugar, acerca de la repercusión que llegaría a tener el Sínodo de la Evangelización sobre la concreta valoración que la Santa Sede hará más adelante (en mayo de 1975) de los resultados de la CG 32 y, en concreto, de sus decretos 2º y 4º. Volveremos a ello cuando lleguemos a dicha Congregación. Por ahora nos basta con recordar lo siguiente: es cosa sabida que las deliberaciones del Sínodo del 74 no pudieron ser recogidas -aunque se intentó- en un documento de conclusiones aceptado por todos y que, desde entonces, la labor de redactar un documento orientativo sobre los temas tratados en el Sínodo sería asumida por el papa⁴⁹. Uno de los principales obstáculos para lograr ese documento conclusivo fue la diversidad de enfoques sobre la evangelización y sobre sus relaciones con la promoción y liberación humana. Sobre este punto se pronunció el papa del siguiente modo en su alocución final de 26-X: “*en el orden de las cosas temporales, no se debe exaltar más de lo justo la promoción del hombre y su progreso social, con daño del significado esencial que la Iglesia da a la evangelización o anuncio de todo el Evangelio*”⁵⁰. Pues bien, esas mismas palabras, con las que el papa apuntaba a un peligro advertido por él en el seno mismo del Sínodo, son las que, unos 6 meses después, el Cardenal Secretario de Estado, card. Villot, empleará para advertir a la Compañía, por encargo del papa, de las posibles “*interpretaciones menos rectas*” a que podría “*dar ocasión*” la concreta “*formulación*” de los decretos 1 y 4 de la CG 32⁵¹.

2.2.1 Arrupe ante los Medios de Comunicación Social

Durante su viaje a América Latina en 1971, Arrupe eludió las entrevistas periodísticas, pero aceptó una para *Noticias Aliadas* de Lima (29-V)⁵². El entrevistador aprovechó para plantearle las cuestiones más “calientes”. Comenzó pidiéndole su opinión sobre los “jesuitas”, que, “en diversos países de América Latina [...] participan activamente en movimientos de liberación”. Arrupe, en síntesis, contestó así:

“Indudablemente nuestra vocación es espiritual y religiosa; pero tiene responsabilidades en lo temporal y político. Ahora bien, no es lo mismo una «alta POLÍTICA», que se mueve en el nivel de los grandes principios humanos y evangélicos, que la «política» en minúsculas de tal o cual opción para realizar de una u otra manera aquella alta política”.

⁴⁹ Sobre los intentos de redactar un documento final conclusivo, véase M. ALCALÁ, *Historia del Sínodo de los Obispos*, 148-149 y 152-158.

⁵⁰ ASS 66 (1974) 637.

⁵¹ Carta del Emm. Cardenal Secretario de Estado al General, en: Congregación General XXXII de la Compañía de Jesús, Madrid 1975, 272 y 274.

⁵² Bajo el título de “Ante la crisis, confianza”, en: P. ARRUPE, *Ante un mundo en cambio*, 87-92. También, con pequeñas variantes y bajo el título “Problemas en qué pensar”, en P. ARRUPE S. I., *La Iglesia de hoy y del futuro*, 51-57.

Más en concreto:

“Todos estamos de acuerdo en que el jesuita no puede actuar como militante de un partido político. Esta independencia [...] es la condición para que podamos cumplir con nuestra misión sacerdotal específica [...]. Pero esta misión sacerdotal propia conlleva una dimensión política. Ninguna persona tuvo tanto influjo en la conciencia y en la sociedad como Cristo, como los mártires [...]. Tampoco nosotros podemos callar ante manifestaciones injustas del poder, sea del poder estatal, sea del poder paralelo e ilegítimo que deriva del abuso de la propiedad” (87-88).

Las siguientes preguntas versaron sobre el *socialismo*, sobre la posibilidad de ser *cristiano-marxista* y, especialmente, sobre los *movimientos de liberación* de América Latina. Tras hacer algunas puntualizaciones acerca de las dos primeras cuestiones, contestó así a la tercera:

“Las teologías de la liberación se desarrollan en todas partes en base a este problema de la clase social. La «dependencia interna y externa» (Medellín) es una dependencia de clase [...]. Sin embargo, un cristiano tiene una visión global que desborda esta perspectiva de clase social. Hay otros aspectos de la libertad y de la liberación que tiene también vigencia en el plano político. Hay, sobre todo, un factor de opresión que proviene del corazón del hombre: pasiones y servidumbres que no son solamente individuales sino colectivas” (90-92).

El 30-VII-71, la revista de los jesuitas norteamericanos *América* entrevistó en Roma al P. Arrupe⁵³. La segunda pregunta versó sobre la impresión que le había causado la visita que él mismo hizo a un jesuita, el P. Dan Berrigan, que había sido encarcelado en USA y, más en general, sobre el consejo que él daría a un jesuita que estuviera pensando realizar un tipo de actividad que pudiera llevarle a la prisión. A la primera cuestión sólo respondió así: “*La impresión [...] fue una mezcla de alegría y de pena. De alegría, por poder encontrar a un hermano que sufre y llevarle mi consuelo [...]. De pena, al ver que un acto tan sencillo de cariño fraternal tenía el peligro de ser mal interpretado*”. Sobre el segundo tema se extendió algo más, pero al final resumió así su pensamiento:

“No quiero decir que, por defender los derechos humanos y la justicia, no podamos y no debemos correr el riesgo de ser castigados en nombre de una justicia «anti-evangélica»; pero nosotros no podemos ser «anti-evangélicos» al denunciar el

⁵³ Fue publicada en dicha revista el 7-VIII-71 y, bajo el título “*Flexibilidad y adaptación en un mundo multiforme*”, está reproducida en P. ARRUPE, *Ante un mundo en cambio*, 71-85.

estado de injusticia. Al jesuita que quizá piensa en tomar actitudes de este género (que pueden llevarlo a ser puesto en prisión) le diría que analice primero si su acción es verdaderamente evangélica en sí misma y en los medios por adoptar, que mida después las consecuencias ulteriores de su acción [...]; y, finalmente, que consulte antes de tomar una decisión. Un jesuita es miembro de un cuerpo [...] y no puede prescindir de la repercusión que sus actos tienen en la totalidad del cuerpo de la Compañía” (72-73).

Aludiendo a continuación a uno de los temas que debería ser tratado en el ya cercano Sínodo, el entrevistador le preguntó sobre la actuación de los sacerdotes y, en particular, de los jesuitas, en política. A ello respondió Arrupe estableciendo una distinción entre “responsabilidades políticas ejercitadas desde fuera y [...] desde dentro”. De las primeras dijo: “*la misión específica del sacerdotes es predicar el evangelio, con su palabra, su acción, su vida*” y “*esta misión [...] lleva consigo una dimensión política [...]. Nadie ha tenido tanto influjo como Cristo en la conciencia de la sociedad política [...]. A mi juicio, esta es una responsabilidad política ejercitada «desde fuera» [...]. Por eso yo pienso que hoy no debemos callar ante manifestaciones injustas del poder [...]. La injusticia debe ser combatida sea que provenga del Estado, de las estructuras o del poder económico*”. De “*la responsabilidad política ejercitada «desde dentro»*” comenzó afirmando que ella “*plantea especiales problemas al sacerdote*” y que su “*reacción espontánea, aunque provisional, sería oponerme a este tipo de actividad*”. Reconoció luego “*que es difícil generalizar -dadas la enormes diferencias entre las naciones [...] - pero yo diría que cuanto más las formas de gobierno y los partidos políticos [...] se identifiquen con una ideología, tanto es menos indicado para el sacerdote el tomar parte activa en la política*”. Y la razón es ésta: “*La que aquí queda [...] seriamente comprometida es la independencia del sacerdote [...]; nada es tan necesario en el mundo de hoy, nada más liberador que esta independencia que [...] libera al sacerdote para dar testimonio de la verdad, para denunciar y desenmascarar la injusticia, venga de donde venga*” (74-75).

Más de dos años después y con posterioridad a su discurso de Valencia (1-VIII-73) del que trataremos más adelante, la revista jesuítica de Chile, *Mensaje* volvió en parte sobre las mismas preguntas⁵⁴. La primera versó sobre el “*papel [...] que deben jugar los cristianos en la construcción de una sociedad no capitalista*”. Arrupe comenzó no aceptando, en su literalidad, ese planteamiento, ya que

“el capitalismo, lo mismo que el socialismo, se puede entender de muchas maneras [...]. Pero, prescindiendo de cuestiones de palabra, pienso [...] que el tipo de sociedad que deseamos para América Latina es el de una sociedad que se caracterice por la justicia, libertad y paz, basadas en el amor que hace a los hombres hermanos; el de una sociedad cuyas estructuras e

⁵⁴ Bajo el título “*Como hacer una sociedad nueva en Latino-América*”, en: P. ARRUPE, *Hambre de pan y evangelio*, 193-206.

instituciones económicas y políticas que salvaguarden los derechos humanos, promuevan el desarrollo del hombre integral y distribuyan equitativamente el costo y las ventajas de dicho desarrollo; [...] el de una sociedad en la que todos los ciudadanos participen libremente en la toma de decisiones que les afectan [...]" (193-194).

Preguntado luego sobre las "virtudes" que él cree "necesario fomentar para el logro de esta sociedad", Arrupe enumeró algunas, pero terminó diciendo lo siguiente: "el cristiano quiere ser un «hombre-para-los-demás» (heterocentrista), en oposición al «hombre-para-sí» (egocentrista). Si el cristiano trata de desarrollar su propia personalidad, no lo hace buscando su propia ventaja, sino el servir mejor a los demás" (196-198). La tercera pregunta fue ésta: "¿Ve compatible la lucha de clases con el amor y unión que Cristo predica?". A ella reaccionó, ante todo, con esta neta y precisa afirmación: "Si «lucha de clases» se interpreta en un modo estrictamente marxista, es decir en el contexto total de la ideología de Marx, no veo cómo pueda ser compatible con el amor y la unión predicados por Cristo, que a su vez deben ser entendidos en el contexto total del Evangelio". Pero a continuación Arrupe contrapuso esa "lucha de clases" marxista (que además promueve y radicaliza al "conflicto", como "núcleo principal de la historia") a la "lucha leal" de la que ya hablaba Pío XII, "no para ejercitar el odio de clases, sino para garantizar al mundo obrero una condición segura y estable". Esa otra lucha, que sí está conforme con el evangelio y que tampoco se identifica con la "violencia", es por ejemplo "el esfuerzo de los pobres, de los oprimidos, de los desposeídos, por hacerse conscientes de su estado" y por "combatir por la justa distribución de lo que Dios he hecho común a todos y por la justa participación en las decisiones económicas y políticas que vitalmente les conciernen" (199-200).

Una vez concluido el viaje a América del que acabamos de hablar, viaje que lo llevó a Brasil, Paraguay, Uruguay, Argentina, Chile, Perú, Canadá y Cuba, concedió una entrevista a Radio Vaticana (10-IX-73)⁵⁵, que lógicamente versó sobre sus impresiones y diagnóstico sobre la problemática de América Latina y sobre el papel de los jesuitas ante dicha problemática. Sus respuestas no tienen desperdicio, pero nos vemos obligados a recogerlas, sin los deseables matices, en algunas pocas frases. Su diagnóstico lo comenzó así: "cuando se va a América Latina hay dos palabras que surgen continuamente: liberación y violencia. Se habla mucho de teología de liberación, pero es una teología que está por hacer todavía. Hay puntos aún no claros, aún en elaboración" y "hay puntos oscuros y, por tanto, puede haber exageraciones". "Naturalmente, desde el punto de vista cristiano, la liberación la vemos como liberación total, integral del hombre. No trata únicamente de una liberación política y económica; sin duda ésta entra también [...], es un elemento necesario", pero "los que la ven con profundidad teológica comprenden que se trata de la liberación del hombre mismo: la liberación del egoísmo, [...] de los ídolos de la sociedad de consumo [...]: el dinero, el poder, el pansexualismo, el deseo de dominio, etc." Respecto a la "violencia", en cuanto "procedimiento" para la "liberación", las cosas se complican, "porque también es cierto que hoy

⁵⁵ Bajo el título *El futuro cristiano de la América Latina*, publicada en: P. ARRUPE, S.I., *La Iglesia de hoy y del futuro*, 77-85.

existe una violencia institucionalizada en las estructuras actuales, las cuales hay que cambiar. Pero no debemos caer en el defecto de ser antievangélicos por la razón de que otros lo sean". Tras analizar un poco más el problema, concluye: "*las situaciones crean una problemática muy difícil, pero los principios son claros*" (78-79). A esos dos elementos de su diagnóstico, Arrupe añadió a continuación este otro: el del "*influjos del marxismo*". Sobre este punto dijo que existe mucha confusión, ya que tanto en la distinción entre "*marxismo ateo y marxismo no ateo cristiano*", como en "*las conclusiones que deducen*" de ahí, persisten muchas "*ambigüedades*". Más adecuada sería la distinción "*entre el marxismo como ideología, el marxismo ateo, y el marxista hombre*", que nos permite "*oponernos con nuestra filosofía [y] teología*", al primero y "*tener una gran comprensión con personas de buena voluntad, pero que cometen errores*" (79-80). Nos vemos obligados a no decir nada sobre las dos cuestiones que siguieron: "*lo que hacen*" (y lo que deberían hacer) "*los jesuitas frente a estos problemas*" (81s) y la opinión de Arrupe sobre "*la situación de Occidente en relación con los países del Tercer Mundo, sin olvidar [...] Oriente*" [83s].

2.2.2 Escritos y conferencias del P. Arrupe

Si las *Conferencias de Prensa* nos han servido para calibrar la capacidad de Arrupe para responder con agilidad, sinceridad y precisión a preguntas candentes y comprometidas, sus escritos y conferencias nos sirven para conocer mejor su pensamiento, cuando depende más directamente de él el enfoque que conviene dar a las cuestiones tratadas. Verdad es que, por eso mismo, no es tan fácil sintetizar su pensamiento.

El 4-V-71 el P. Arrupe visitó, en la sede de la ONU, al Secretario General de la misma, Sr. U Thant. Aprovechó sus palabras de saludo⁵⁶ para decir por ejemplo lo siguiente:

"los jesuitas [...] nos hemos comprometido a trabajar con los hombres de buena voluntad de todas las creencias o de ninguna por una sociedad verdaderamente humana". "La solidaridad humana y el amor fraterno carecen hoy de sentido, si no se encarnan en unas estructuras [...] justas, lo mismo a escala nacional que internacional; unas estructuras que reconozcan los derechos humanos fundamentales a la igualdad, a la dignidad y a la libertad, y que aseguren no sólo una justa participación de todos en la riqueza del mundo, sino también y, sobre todo, la participación en las decisiones que les afectan y determinan sus vidas" (113-114).

Tras mencionar, de forma especial, el problema del "hambre", afirmó que "Para la Iglesia Católica estos males son objeto de gran preocupación y superan sus propios problemas, por más complejos que éstos sean" (114-115). Dijo luego que "constituye un

⁵⁶ Bajo el título "Por una sociedad verdaderamente humana", reproducida en: P. ARRUPE, *Ante un mundo en cambio*, 113-120.

signo esperanzador el hecho de que las naciones van adquiriendo conciencia de que «desarrollo» significa algo más que crecimiento económico” y que “los hombres de los países en vías de desarrollo se preguntan a sí mismos sobre el tipo de personas que desean ser y el tipo de sociedad que están intentando crear”, para concluir así:

“Y es precisamente aquí, en la zona de las cuestiones fundamentales, donde a nosotros los jesuitas nos gustaría juntarnos con los hombres que buscan soluciones, aportar nuestra modesta colaboración y desplegar nuestros mejores recursos. No estamos solos. Sabemos que nuestra preocupación [...] es compartida por todas las Iglesias Cristianas, por la grandes religiones [...] y por los hombres de buena voluntad [...]. Nos comprometemos a trabajar en estrecha armonía con todos ellos” (115-116).

Desde fines de septiembre a fines de octubre de 1971 se celebró la 2ª Asamblea General del Sínodo de los Obispos, que versó sobre estos dos importantes temas: *Los sacerdotes* y *La Justicia en el mundo*. Arrupe tuvo varias intervenciones en él y, como ya hemos advertido, también él resultó muy influido por dicha temática. Conviene, por tanto, situar contexto, tanto la intervenciones de que tratamos a continuación, como las que siguen inmediatamente. De una conferencia (8-II), celebrada en el marco del Congreso Internacional de Ejercicios del año 1971⁵⁷, acerca del *estudio de los Ejercicios en el momento histórico actual* (12), nos interesan de forma especial las reflexiones de Arrupe sobre “*la labor de ayuda al Tercer Mundo*”, labor que “*exige una disposición de espíritu [...] muy en consonancia con las características de los Ejercicios*” y con “*la aplicación de los valores centrales*” de ellos. Dichos valores son “*la lucha contra el egoísmo y la injusticia, el desprendimiento de todo lo temporal (riqueza, confort, etcétera), el servicio y desinterés en bien de los demás*”. “*Además, ese contacto con la humanidad sufriente hace volver [...] al evangelio, en el amor experimental de la pobreza y del sufrimiento*”, pero también al contrario: “*el espíritu de desprendimiento, de movilidad apostólica, de deseo de cruz, de separación del mundo (en el sentido de San Juan) son las mejores disposiciones para poder realizar esa misión*”. Como consecuencia de todo ello, “*La vocación religiosa, tal como la interpreta el carisma de los Ejercicios, cobrará todo su vigor en el servicio del Tercer Mundo [...], como el siervo de Yahvé, que denuncia el pecado [...] de esta civilización montada sobre el lucro y lo redime efectivamente con el propio dolor*”. Y, más en general: “*Es en el Tercer Mundo -y entre los pobres del primero y del segundo- en donde la dinámica de las obras temporales, puestas al servicio inmediato de los necesitados, queda integrada en la dinámica cristiana, tal como la interpreta Ignacio*” (20-27). A continuación, Arrupe trata además del “*problema de la pobreza*”, del “*ansia de liberación que hoy sacude al mundo*”, del “*profetismo*” y de los “*signos de los tiempos*” (28-35). Sobre el profetismo afirma lo siguiente: “*Lo que ha distinguido siempre a los verdaderos de los falsos profetas ha sido [...] su humilde aceptación del juicio de la Iglesia sobre su propio carisma [...] (EE. 353, Primera regla para sentir con la Iglesia)*”.

⁵⁷ Bajo el título “La forja de los Ejercicios”, reproducida en: P. ARRUPE, *Nuestra vida consagrada*, 11-41.

En la Navidad de ese mismo año 1971, publicó Arrupe, en la revista *Quaderni Romani* un artículo sobre *La contribución cristiana a la construcción europea*⁵⁸. De él destacamos las siguientes frases: “*El momento presente y el mundo de hoy requieren la formación de un hombre nuevo, de un hombre interiormente libre, dispuesto al sacrificio, desarrollado íntegramente, dotado del sentido de lo universal, que sepa leer «los signos de los tiempos» y sea capaz de ofrecer un servicio responsable para la humanidad*” (126). Más adelante y, bajo el epígrafe *La nueva Europa ante el Tercer Mundo*, afirma: “*deberían ser radicalmente nuevas las relaciones de Europa con el Tercer Mundo. Desaparecido el colonialismo de viejo tipo, está apareciendo [...] otro más engañoso, equívoco, camuflado [...]*”. Con palabras del Sínodo del 71, recordó que la necesaria “*aspiración a la justicia*” “*exige que sea superada la condición general de marginación social, que desaparezcan las vallas o los círculos viciosos que se han convertido en sistema*”. Y añadió: “*Todos sabemos las desilusiones manifestadas por los representantes de los países en vías de desarrollo en las Conferencias organizadas por la ONU para el comercio y el desarrollo (UNCTAD)*” y “*cómo el primer decenio (1961-1970) dedicado por las Naciones Unidas al desarrollo se clausuró con perspectivas poco claras [...] y alarmantes*”. Sin embargo también confesó “*que los países del Mercado Común han sido más generosos*”, ya que cinco de los seis que entonces lo formaban “*han superado el porcentaje del uno por ciento del producto nacional bruto, establecido por la ONU como meta para las ayudas por parte de los países industrializados [...]*. *La pequeña comunidad de los seis responde ya, pues, de alguna manera, a la llamada de los desheredados. Pero ¿es suficiente esta respuesta?*”. Arrupe no cree “*que pueda responder afirmativamente*”, entre otras razones, porque “*no es tanto la cantidad de ayudas lo que interesa, cuanto el espíritu «nuevo» que debe animar toda la obra en favor de los países menos privilegiados*”.

Una vez concluido el Sínodo de 1971, la Comisión Pontificia Justicia y Paz pidió a algunas personalidades unos escritos que contribuyeran a la puesta en práctica de lo enseñado en el documento del Sínodo sobre *La Justicia en el mundo*. Uno de los dos o tres autores que respondieron a esa demanda fue el P. Arrupe⁵⁹. Su escrito, sistemático y muy rico en ideas y en pistas y sugerencias prácticas, no es sin embargo fácil de resumir. En mi opinión carece además de las agudas frases típicas del estilo de Arrupe. Remitimos por tanto al lector a su lectura directa.

Como el lector habrá podido observar, muchos de los textos resumidos en este trabajo fueron publicados en español en la recopilación titulada *Ante un mundo en cambio*. Como dicha recopilación es de 1972, parece oportuno aludir a ella en este lugar, tanto más, cuanto que el mismo Arrupe escribió la *Presentación*⁶⁰ de la misma. En ella nos dice que en su despacho tiene una fotografía de la tierra, vista desde el espacio y dedicada por el astronauta Lowel. Ella le sirve

⁵⁸ Reproducido en: P. ARRUPE, *Ante un mundo en cambio*, 121-135.

⁵⁹ Al parecer se publicó por primera vez en inglés en 1972; en castellano y traducido por los editores a partir de ese texto, fue publicado ese mismo año bajo el título de “Testimonio de Justicia”, en: P. ARRUPE, *Ante un mundo en cambio*, 238-292. En forma de folleto y bajo el título “*El [o En] testimonio de la Justicia*”, lo publicó más tarde PPC, Madrid 1973.

⁶⁰ P. ARRUPE, *Ante un mundo en cambio*, 7-8.

“para mirar con ojos y corazón cristiano la redondez de esta nuestra tierra, para en ella situarme ante una humanidad que realiza instante a instante la «historia de la salvación» [...]. Ese «mundo en cambio», intuido por S. Ignacio en la redondez de la tierra, debe ser afrontado con lealtad humana y fe cristiana”.

La habitual conferencia de Arrupe (14-II-72) en el *Curso de Ejercicios* de Roma, versó este año sobre la *Actualidad de los Ejercicios de S. Ignacio*⁶¹. Nos parece que casi toda ella tiene interés para el tema de la Justicia; pero, especialmente, el párrafo puesto bajo el epígrafe *Conversión personal, factor de cambio social*, en el que adelanta algunas ideas que en 1973 desarrollará más en su discurso de Valencia. Ahora nos dice, por ejemplo, lo siguiente:

“Sin la conversión individual de las personas no se podrá lograr un mejoramiento de la situación, ya que siendo el hombre el que ha creado las estructuras actuales, [que son] la cristalización del corazón pecador y egoísta, mientras ese corazón no se convierta, toda estructura que sea su creación no será sino un engendro injusto y opresor”.

Pero enseguida añade

“que la conversión verdadera implica una dimensión social que nos haga conscientes de lo que hoy se llama el pecado del mundo [...]; hoy una verdadera conversión ha de incluir el aspecto social. No basta después de unos Ejercicios dar de lo superfluo una limosna y contentar así engañosamente la conciencia mientras se continúa contribuyendo a mantener una situación injusta” (18-19).

2.2.3 A los Antiguos Alumnos de Jesuitas⁶²

Del 26 al 29-VIII-1971 se celebró en Bruselas el *IX Congreso de la Confederación Europea de AA.*, a la que se hizo presente el P. Arrupe en la tarde del primer día y pronunció en ella una alocución (26-VIII)⁶³. Partiendo del tema del Congreso (relaciones de los AA. AA. con la Compañía y participación en la misión de la Iglesia), sugirió que, tratándose de un *Congreso europeo de Antiguos Alumnos*, se reflexionase sobre “la necesidad de crear [...], en una Europa que tiende a unificarse, un tipo de hombres adaptados a esa

⁶¹ P. ARRUPÉ, *Conferentiae, Homiliae, Colloquia*, 1972, 9-27.

⁶² Prescindimos aquí del breve “*Saludo del P. Arrupe*” que se leyó al comienzo de la “Asamblea General de la Federación Italiana de AA. AA”, reunida en Génova (30-IV / 2-V-1971). Bajo el título “Irradiar una visión cristiana de la vida” está recogida en: P. ARRUPÉ, S. I., *Hombres para los demás*, 83-84.

⁶³ Bajo el título “Mutua colaboración: construir Europa”, en: *Ibid.*, 86-103.

nueva y grande vocación del siglo XX”. “Hágase una Europa, pero hágase «en Cristo””, dijo poco después y, a continuación, explicó algo más hacia donde apuntaba con esas palabras: “hacia una Europa con el espíritu profundamente cristiano de un mandato, de una misión que hay que cumplir”, superando por ejemplo “nuestros estrechos nacionalismos, nuestras diferencias de hermanos extraños los unos a los otros [...], cosas estas que no hacen sino enfrenarnos, dividirnos y agotarnos”. Aunque tampoco eso basta: los AA. AA deberían fomentar además, “especialmente en la educación de las futuras generaciones”, todo lo que “pueda darles el sentido de responsabilidad frente a esta Europa nueva, abierta al mundo entero [...]; todo lo que ayude al rendimiento de sus dones naturales y espirituales en servicio de la humanidad [...]; todo lo que favorezca el sentido de una solidaridad social cada vez más amplia en un mundo sin fronteras, formado por hombres que son hermanos” (97-98). Tras testimoniar, algo más adelante, que conoce “entre los Antiguos Alumnos, en todas partes y especialmente aquí en Bélgica, hombres eminentes que han trabajado cooperando al desarrollo y favoreciendo la ayuda voluntaria a los países del Tercer Mundo, o en las organizaciones internacionales, etc.”, concluye que

“hay todavía una tarea enorme de justicia social por cumplir para garantizar a todos los que trabajan con nosotros y en nuestros países de acogida, la ayuda y las garantías necesarias para ellos y sus familias. No nos debe extrañar que nuestros Antiguos Alumnos encuentren aquí un campo de acción extraordinario” (100).

Hacia fines del mismo año se celebró en ciudad de México el VI Congreso Iberoamericano de AA (9/12-XII-71) sobre el tema *Educación y miseria*. En esta ocasión Arrupe no pudo asistir, pero envió como delegado al P. J. E. Blewett, entonces Consejero suyo para asuntos educacionales y, más adelante, Consiliario de la Unión Mundial. Además de la representación de Arrupe, éste fue portador de un breve mensaje suyo, grabado en cinta magnetofónica⁶⁴. Entró en materia, con la siguiente afirmación, un tanto paradójica: “Donde hay miseria, no hay ni puede haber educación; donde hay educación desaparece poco a poco la miseria”. Luego precisó más el enfoque de su intervención con dos afirmaciones complementarias. La primera es ésta: “Es un hecho que la miseria se haya extendida por todo el mundo y una gran parte de la humanidad es víctima de ella. La miseria es un mal que hay que combatir, porque lleva consigo la privación de los derechos humanos más indispensables”. Además no “es fácil que los marginados o los «miserables» puedan salir por sí mismos de estado en que se encuentran, ya que no poseen los medios ni las posibilidades para la capacitación necesaria”. La segunda afirmación es esta otra: aunque a los afectados por la miseria se les “puede y se debe ayudar a salir de tan dolorosa situación por medios externos, toda labor sería en gran parte estéril, si no se llega a obtener que el verdadero factor o creador del cambio sea el mismo que se encuentra hoy oprimido por la miseria. Es él [el «miserable»] quien tiene que aprender a ayudarse a sí mismo” (106). Arrupe no explicita más la conclusión, pero ésta resulta clara: la educación debe tender a hacer del necesitado el principal actor de su salida de la miseria. Todo el resto de su intervención es ya casi mera consecuencia de lo anterior:

⁶⁴ Bajo el título “La educación es obra de colaboración”, en: *Ibid.*, 105-112.

cómo deben ser los colegios de la Compañía (107s); qué nuevos caminos hay que recorrer en la educación (109s); qué tarea se espera de los AA. (110s).

En el año 1972 los jóvenes A.A. de varias Asociaciones italianas celebraron en Roma una *Asamblea de Jóvenes* (22/25-IV), con el siguiente tema de reflexión y estudio: *Si hoy me encontrase con Cristo...* Excepcionalmente, Arrupe, en las palabras que les dirigió en la concelebración del día 24, no tocó de forma explícita el tema de la Justicia en el mundo, aunque no pudo faltar lo que es fundamento de todo ello: por ejemplo, cuando afirmó “*que la Asociaciones se han de proponer el gran ideal de construir una sociedad humana en Cristo*” y que “*ésta es la finalidad de la educación de la Compañía*” (114).

El año 1973 es el año del *X Congreso Europeo de Asociaciones de AA*, celebrado en Valencia (30-VII/1-VIII) y cuyo tema fue: *Los AA. AA. y la promoción de la justicia en el mundo*, cuyo punto culminante sería el discurso de Arrupe del que luego hablaremos. Con la frase “*promoción de la justicia*”, el Congreso (y con él Arrupe) se adelantó a la célebre formulación de la CG 32 (1974-75) para redefinir, en su decreto IV, la misión de la misma Compañía de Jesús: *Nuestra Misión hoy: servicio a la fe y promoción de la justicia*⁶⁵. Para preparar dicho Congreso se habían reunido en Roma, los días 28 y 29-IV, los representantes de casi todas las Asociaciones de Italia, que al día siguiente (30-VI) celebraron el *25º Aniversario de la fundación de la Federación Italiana*. En su Homilía⁶⁶ de ese día, Arrupe les adelantó ya algunas ideas de su posterior discurso en el Congreso. Al tema del mismo -*La promoción de la Justicia en el mundo*- lo comenzó calificando como “*Un tema tan comprometido y substancial a una auténtica vida cristiana; capaz de revolucionar, si se entiende bien, y sobre todo si se practica, nuestras vidas en concreto, y de remodelar sobre nuevas bases las estructuras de nuestra convivencia social*” (120). Afirmó luego que “*Jesús quiere -para quien pretende ser su discípulo- un hombre nuevo*” (121s). Finalmente, tras explicar lo que dicha novedad significa, concluyó así: que, si se ha alargado en lo anterior, ha sido por estar “*convencido de haberos ofrecido, con las reflexiones que la Palabra de Dios me ha sugerido, la premisa indispensable, el alma profunda y la única seguridad de perseverancia para una auténtica promoción de la justicia*” (123s).

El total de intervenciones de Arrupe en el Congreso mismo de Valencia fueron cuatro, que se concentraron en los días 31-VII y 1-VIII:

1º. La primera se desarrolló ante el pleno del Congreso y consistió en las respuestas de Arrupe a las 30 preguntas que pocas horas antes le habían formulado por escrito los jóvenes que participaban en el Congreso⁶⁷. Nos vemos obligados a seleccionar y resumir algunas (una por cada uno de los tres grupos de preguntas). Comenzamos por la 3ª, del grupo justicia:

⁶⁵ Congregación General XXXII de la Compañía de Jesús, 69-100.

⁶⁶ Bajo el título de “Una conversión comprometida”, en P. ARRUPÉ S.I., *Hombres para los demás*, 120-126.

⁶⁷ Bajo el título “Preguntas y respuestas” en: *Ibid.*, 127-155.

P/ “¿[...] se pueden dar en la vida cristiana opciones horizontales (de compromiso con los demás) y verticales (con Dios) por separado [...]?. R/ “[...] en la geometría cristiana, simbolizada por la cruz, las dimensiones horizontales y verticales de la existencia humana quedan siempre inseparablemente unidas. No hay verdaderamente opción vertical [...] sin una genuina y desinteresada apertura hacia el prójimo. Y toda opción horizontal, si es genuina y desinteresada, inevitablemente termina por acercarnos a Dios. No existe verdadero amor a Dios sin amor del prójimo, y no existe amor del prójimo sin justicia. Tampoco podemos hablar sinceramente de justicia [...], si la justicia no es una realidad en nuestras vidas” (130).

Del segundo grupo, sobre la formación en los colegios de la Compañía, la 23ª:

P/ “Cuáles son los criterios que [...] deberían seguir los colegios de la Compañía en la admisión de alumnos[...]?”. R/ “deberíamos [...] esforzarnos por reclutar jóvenes que tengan potencial para ejercer un liderazgo cristiano y social, cualquiera que sea la clase a que pertenezcan [...]. Tampoco podemos olvidar hoy [...] la educación de los innumerables marginados”. “Este es un ideal [...], aunque presenta sus dificultades, algunas de orden práctico”.

Del grupo relativo al “rol” de los A.A. y sus Asociaciones, selecciono la 25ª: P/ “¿Es posible acabar con las [...] vigentes estructuras de las Asociaciones de A. A., las cuales pueden antojársenos “clubs” o grupos de interés privado”; R/ En su respuesta, el P. Arrupe hizo, entre otras, la siguiente sugerencia: “¿Por qué no abrir las puertas de las Asociaciones no sólo a los que han cursado el bachillerato o [...], sino también a los que han frecuentado nuestras Escuelas Primarias, Profesionales, [...] de Mandos Intermedios [...]?. ¿No sería justo que todos [...] pertenecieran a una misma Asociación sin distinción de clases [...]?” (150-151).

Terminada esa sesión, el P. Arrupe se ingenió para continuar el encuentro con sólo jóvenes y de forma más informal. Pero no se conservan las actas de ello.

Llegamos por fin al día 1-VIII, en el que Arrupe pronunció su célebre conferencia sobre *La promoción de la Justicia y la formación en las Asociaciones de Antiguos Alumnos de Jesuitas*. De ella existen dos versiones: la larga y completa (de 25 pp. en el folleto que se proporcionó a los asistentes) y la abreviada, tal como de hecho se pronunció (12 pp., en otro folleto).

He aquí un breve resumen de la versión larga⁶⁸. Ya en la introducción, plantea Arrupe esta inquietante pregunta, a la que contesta con valentía y cierto dramatismo:

⁶⁸ Reproducida en: *Ibid.*, 158-204.

“¿Os hemos educado [los jesuitas] para la justicia?, ¿Estáis vosotros educados para la justicia?”. Y responde así: “si a la expresión «educación para la justicia» le damos toda la profundidad de que hoy la ha dotado la Iglesia, creo que tenemos que responder los jesuitas con toda humildad que no; que no os hemos educado para la justicia, tal como hoy Dios lo exige de nosotros” (161). A continuación dedica toda la primera parte a explicar esa renovada y actualizada concepción de la Justicia, apoyándose ante todo en la enseñanza del reciente Sínodo de los Obispos y, especialmente, en estas dos frases del mismo: “Escuchando el clamor de quienes sufren violencia y se ven oprimidos por sistemas y mecanismos injustos ... tenemos conciencia unánime de la vocación de la Iglesia a estar presente en el corazón del mundo predicando la Buena Nueva a los pobres, la liberación a los oprimidos y la alegría a los afligidos” y “La acción en favor de la Justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, es decir, la misión de la Iglesia para la redención del mundo y la liberación de toda situación opresiva” (167). Pero, eso dicho, nos pone en guardia frente a una “tentación... sutil” (¿una tentación de segunda semana?) que ya entonces amenazaba a los cristianos: la estéril lucha entre los entusiasmados por los elementos novedosos del mensaje y los temerosos de perder así valores esenciales del cristianismo. Según Arrupe, ese peligro puede y debe obviarse, si todos nos esforzamos en armonizar “en profundidad extremos que a veces se presentan como enemigos”. En concreto estas seis “parejas de aparentes oposiciones. 1ª. Justicia eficaz para con los hombres y actitud religiosa respecto a Dios. 2ª. Amor a Dios y amor a los hombres. 3ª. Amor cristiano (amor de caridad) y Justicia. 4ª. Conversión personal y reforma de estructuras. 5ª. Salvación y liberación en esta vida y en la otra. 6ª. Ethos cristiano y mediaciones técnicas e ideológicas” (168-170). El resto de la primera parte lo dedicó a mostrar cómo pueden y deben armonizarse los contenidos de dichas parejas. Nos remitimos a su lectura directa, pues creemos aquí se contiene uno de los más importantes núcleos pensamiento del Arrupe (171-185). La segunda parte está puesta bajo el epígrafe *El hombre para los demás*. Para Arrupe, ese hombre es, en un primer acercamiento, el hombre capaz de “salir de sí mismo”, de superar el peligro de “deshumanización por el egoísmo” y de entrar en la dinámica de una verdadera “humanización por el amor” (187-193). Pero un hombre así, “si de verdad quiere servir a los demás con eficacia” deberá ser además “un agente, un promotor de cambio” (186), con las cualidades que ello requiere (193-199). Pero la condición que, en definitiva, permite al ser humano, convertirse en plenitud en el hombre para los demás, es según Arrupe,

“la de ser un hombre llevado por Espíritu, es decir, flexibilizado y sensibilizado en su más profunda intimidad por la unción del Espíritu y, de esa forma capacitado para discernir, escuchar y seguir su voz, que se le manifiesta en las obras que el mismo Espíritu hace en el mundo, en la vida entera de la Iglesia y en su propia intimidad personal: todo ello a la luz de una relectura continua del Mensaje evangélico, que va liberando así, paulatinamente, en un proceso inexhaustible, la plenitud de su sentido y exigencias” (186-187).

A desarrollar más esto último dedica Arrupe las últimas páginas (199-202), que pueden sintetizarse en esta frase de la conclusión: El ideal propuesto en ellas

“no es posible hasta el fondo sin la acción de Dios, que nos transforma en el «homo novus», el hombre nuevo, la nueva criatura, cuyo último principio vital es el mismo Espíritu Santo. Ese es el «homo spiritualis» que, porque es capaz de amar, incluso a los enemigos, en este mundo malo, es capaz de descubrir y sumarse activamente al dinamismo más profundo y eficaz de la historia, aquel que la empuja hacia la construcción, ya iniciada, del Reino de Dios. Ese Espíritu [...] es también el Espíritu de Cristo, que nos cristifica. También en esta tarea de la construcción de la justicia, Cristo es el todo [...]. Él es, por excelencia «el hombre para los demás»” (203).

En cuanto a la versión abreviada⁶⁹ (que puede servirnos para conocer las partes que Arrupe quiso destacar) baste decir lo siguiente: resumió la introducción; de la primera parte sólo enumeró las seis parejas de aparentes oposiciones y desarrolló, algo resumida, la relativa a la *conversión personal y reforma de estructuras*. Ello le permitió exponer casi entera, aunque con algunos cortes, la parte dedicada a “*el hombre para los demás*”.

Permítasenos todavía una breve alusión a la Homilía que pronunció en la Eucaristía de clausura (1-VIII) y que ha sido luego publicada bajo el título *El hombre nuevo, agente de la justicia*⁷⁰. Partiendo de la frase de los EE. de S. Ignacio: “**todos los que tuvieren juicio y razón ofrecerán sus personas al trabajo**”, insistió con originalidad en las ideas de su discurso: en primer lugar, “*el hombre*”, porque “*hacer la justicia es algo que [...] compromete a toda la persona*” y “*la zona del SER*” es “*previa a la de HACER*”. Se trata, antes que nada “*de hacernos una conciencia nueva, una sensibilidad nueva*” (207-207). En segundo lugar, la “*tarea*” (“*la acción por la justicia*”), que, porque también “*busca al hombre y termina en el hombre*”, “*no puede limitarse sólo a ser una acción de [...] elevación de este hombre en la escala de un desarrollo socio-económico*”, ni “*a una acción reformadora de las estructuras*”. “*Si nuestra acción por la justicia ha de acercarse a la profundidad en que la situó Jesucristo, es necesario que llegue al mismo hombre, a lo más profundo de su ser*”. “*Se trata de transformar al hombre en un nuevo tipo de hombre, hacerle en frase evangélica «nacer de nuevo»*” (207-208). Los dos aspectos analizados confluyen por tanto en lo que desarrolla a continuación: el *Nuevo tipo de hombre* (209s) y *La formación del hombre nuevo* (209s). Nos queda una palabra que decir sobre la repercusión de las intervenciones de Arrupe en este Congreso. En general las reacciones han sido y siguen siendo muy positivas, pero también se produjeron, ya en el mismo Congreso algunas muy negativas, que incluso ocasionaron dimisiones en altos directivos de las Asociaciones. También un sector de la prensa española atacó duramente al discurso y a su autor. Como contraste se debe hacer mención de una carta de 30-X-73, sumamente laudatoria, en la que el Secretario de Estado, Cardenal Villot le expresa, de parte del Pablo VI, su agradecimiento por el envío de su discurso y, sobre todo,

⁶⁹ Reproducida en: P. ARUPE S.I., *La Iglesia de hoy y del futuro*, 347-359.

⁷⁰ En: P. ARRUPE S.I., *Hombres para los demás*, 204-213.

“su complacencia por la incisividad con la cual Vd., basándose en el mensaje evangélico y en consonancia con la perenne enseñanza del Magisterio Eclesiástico, ha invitado a los oyentes a vivir y testimoniar la caridad y justicia cristiana, sobre todo mediante la reforma interior y la superación de los egoísmos personales y sociales”.

2.2.4 A los religiosos.

La considerable extensión del apartado anterior se compensa con la brevedad de éste, para el que sólo hemos seleccionado una conferencia: la que dirigió Arrupe a un auditorio de religiosos y religiosas (19-IX-70) y que luego fue publicada en *L'Observatore Romano* en marzo del siguiente año⁷¹. De ella recogemos el siguiente párrafo:

“Tenemos que imbuir a nuestros alumnos un profundo espíritu de servicio a los demás, [que] no se debe reducir a un servicio de persona a persona; debe incluir el servicio a la sociedad, hoy más necesario que nunca; contribuyendo al cambio de unas estructuras y condiciones de vida, que resultan injustas y opresivas. Tenemos que formar los artífices del cambio y la liberación de la sociedad moderna [...]”.

Y, a continuación:

“«Liberación» quiere decir que el hombre, en su conjunto, tiene que ser rescatado: su corazón debe ser libre del pecado que lo esclaviza [...]; «Liberación» significa, además, liberarse a sí mismo y ayudar a librar a los demás de las consecuencias del pecado tales como el egoísmo, la injusticia, la ignorancia, el hambre y la desnudez” (190-191).

⁷¹ Reproducida, bajo el título “*La explosión de la enseñanza*” en: P. ARRUPPE, *Ante un mundo en cambio*, 179-200.